



## Dr. Bardamu y Mr. Robinson

**Viaje al fin de la noche, de Louis-Ferdinand Céline (Edhasa) Traducción de Carlos Manzano | por Juan Jiménez García**

Escribir a estas alturas de la historia y con la de bofetadas que han caído (y no solo) sobre *Viaje al fin de la noche*, representa el momento culminante de mi carrera como falso crítico literario aunque, sin duda, atrevido. Incluso descarado. La obra que cambió la literatura, allá por el siglo XX. Aquella que cerró de una patada la puerta del siglo XIX y que miró para otro lado, cuando ahí estaban las vanguardias de entreguerra. La musiquilla de Céline, aquella que tantos sudores y miles de hojas le costaba, llegó para quedarse. Y, en estos tiempos (aquí vienen unas risas enlatadas) de discusiones entre autor y obra, el *Viaje* es aquel libro en con el que se puede estar de acuerdo sin ensuciarse innecesariamente las manos en las locuras, de un problema al otro, del escritor, que fueron muchas y muy gordas. El que no fueran muy exclusivas ya es otra cosa. No se puede hablar de Céline desde el sosiego ni desde la abstracción. Las cosas fueron como fueron y el que hayan pasado ya cerca de cien años poco o nada cambia. Por si teníamos alguna duda, la reciente muerte de su viuda, Lucette Destouches, a los ciento siete años de edad, y los algo más lejanos cien años del nacimiento de él mismo, insisten en ese problema que tenemos (o se tiene) con este hombre. Como lograr encajar al escritor más importante del siglo XX (sí, así) en ese canalla con todos los vicios, empezando por el de bocazas.

A nivel individual es sencillo, cuando lo has conocido sin saber nada de él, porque un día, adolescente, seguías la línea de libros de un estante de la biblioteca con el dedo y te detuviste en ese título, porque es imposible pasar de largo ante él. Solo era eso: un título. Y nada más sabías. El impacto fue brutal.

El choque de una bola de fuego contra un paisaje desolado. Y ahí seguimos, muchos años después. Sabemos muchas más cosas, no somos más listos, pero, en el fondo, poco ha cambiado. Y es que, tal vez, Céline solo sea un problema de familia. El de Francia consigo misma y, también, el de una cierta Europa. Un problema personal de muchos con su pasado. En resumen: Céline era un cerdo, pero un cerdo en un mundo de cerdos. Antisemita entre antisemitas (sus famosos panfletos se vendieron abundantemente), no fue la excepción, sino la regla. Y eso es seguramente lo insoponible. Eso y que no se pegó un tiro, como Drieu de la Rochelle, y no lograron fusilarlo, como a Robert Brasillach. En definitiva, un incómodo (y parlanchín) superviviente. Pero, entonces, ¿y el *Viaje*?

*Viaje al fin de la noche* aparece en 1932. Céline ya está cerca de los cuarenta años y es su primera novela. Médico de profesión, podemos decir que ha vivido su vida para poder escribir este libro, como Orson Welles vivió la suya para interpretar a aquel Falstaff de *Campanadas a medianoche*. Su protagonista es Ferdinand Bardamu, suerte de doble de él mismo. Tal vez. Como él, se marcha a la Primera Guerra



Mundial como voluntario involuntario. Allí resultará herido, pequeño héroe de guerra. Vuelve. No hace gran cosa. Se marcha a las colonias, a África. Malaria. Vuelve. Se marcha a Estados Unidos. Conoce a Elisabeth Craig (su gran pasión, a la que dedica el *Viaje* y que se encuentra en los personajes de Molly y Lola). Vuelve. Médico en Clichy. Entre medias, una matrimonio, una hija, una obra rechazada. Entonces, aparece en Denöel el libro (Gallimard lo ha vuelto a rechazar, para su posterior desesperación).

Éxito total. Louis-Ferdinand Destouches ha muerto, viva Louis-Ferdinand Céline. Su primera novela publicada, pues, recogerá buena parte de todo esto, pero, fundamentalmente, es un estado de ánimo. Una sucesión de infiernos, personales y generales, en los que aún podemos encontrar algo de esperanza. No la volverá a haber en su obra.

El lenguaje se retuerce, la oralidad se recrea (la oralidad, en el escritor, no es escribir como se habla, sino su reconstrucción, algo que le requiere un esfuerzo titánico, como afirmará una y otra vez). Adiós a todas las cosas. La narración salta por los aires y nada nos resulta extraño porque a partir de él, vinieron todos los demás. Pero en Céline no es solo una manera de escribir la que se derrumba: se derrumba un mundo. El viaje de su protagonis-

ta hacia la noche no es otro que él de ese mundo antiguo derrotado tras una primera guerra y que camina hacia su muerte definitiva. A propósito de Jonathan Swift me preguntaba si se puede ser un escritor pesimista. Ya solo el acto de escribir implica un cierto optimismo con respecto a los demás, aquellos a los que nos dirigimos. También hacia nosotros mismos. El escritor francés arroja una visión de una negrura terrible sobre todo aquello que le rodea, sobre las guerras (siempre será un escritor pacifista y, en esa búsqueda del pacifismo, encontró todo tipo de dudosos enemigos), sobre el colonialismo, sobre la sociedad, sobre el ser humano en definitiva. No, Céline no estaba contra los judíos, estaba contra todos. Tal vez Bardamu sea su doble (ciertamente está ahí), pero Robinson, su camarada, su compañero de desgracias, ese personaje ya de una negrura insoponible (también para él mismo), es su yo del futuro. Su otra mitad. Es él proyectado hacia delante ya sin ningún tipo de cortapisas. No os quiero, nunca os he querido, viene a decir, en una de los fragmentos más aterradores del libro. *Viaje al fin de la noche* es un libro sin final. Tras esa última palabra, *nada*, está todo. Todo empieza de nuevo, porque nada ha acabado. La vida, la vida otra vez. Una y otra vez. Insistente. Con toda su basura, con toda esa porquería que se nos mete en la cabeza, en los huesos, pero que no nos impide buscar y buscar algo de luz. Tal vez solo necesitemos un momento de silencio. Lejos del furor, de la rabia, del ruido. Lejos de las urgencias del presente, del estrangulamiento del pasado, de los vértigos del futuro.

## Años de vida

**Los viernes en Enrico's, de Don Carpenter (Sexto piso) Traducción de Javier Guerrero | por Óscar Brox**

Bastan unas pocas palabras para dejarse llevar por la prosa enérgica de Don Carpenter y reconocer en ella ese ambiente único por el que se mueven sus personajes. En el comienzo de *Dura la lluvia que cae*, la América económicamente deprimida proporciona el marco para narrar la precipitada historia de amor caníbal que protagonizan los padres del que será figura central de la novela. La pasión fugaz desborda de tal forma los moldes que acaba de manera violenta y cruel. Sin piedad ni compasión. Con las palabras de su autor como único testigo de ese enamoramiento brutal, de esa salvaje inocencia que no encuentra lugar en el que echar raíces. Que no se deja comprender, tan solo vivir intensamente. Un fogonazo cegador del que, varias páginas después, todavía no nos hemos recuperado mientras Jack Levitt se enfrenta a una adolescencia turbulenta entre mesas de billar, pequeños hurtos, chicas fáciles y una soledad demasiado ruidosa. Antes de que pueda enamorarse, encabronarse con la justicia y el *fatum* y dar un nombre para cada cosa. Para el amor, para la compañía o para el sexo.

*Los viernes en Enrico's*, novela póstuma concluida tras la participación de Jonathan Lethem, empieza sobre la marcha. Con Charlie y Jaime, una pareja de recién casados que, en mitad de una América que abre sus ojos a la década de los 60, brindan por ese mundo literario cada vez más cercano. El del San Francisco *beatnik* o el del Greenwich Village. El de las tertulias alrededor de una mesa, el *tap, tap, tap* de una máquina de escribir de 25 dólares y las borracheras de palabras escritas con la pretensión de alcanzar la eternidad. Carpenter describe ese arranque de felicidad como si se tratase de la primera vez, plasmado en los paseos por North Beach y Mill Valley, la vehemencia de sus dos personajes y el tierno amor que su autor dibuja a toda pastilla: voraz, deseado, impulsivo, entrecortado e inmarcesible. Una bocanada de vida expulsada directamente sobre las páginas de la novela. En ese momento en el que sus protagonistas mantienen intacto el idealismo que proporciona los anhelos, cuando todavía no existe una frontera entre las pretensiones y las realidades. Y si existe, se encuentra en la resma de

papel para la máquina de escribir, en un verso de Kerouac o en el sorbo breve a una cerveza templada para tragar con la resaca del día anterior. Carpenter describe en los capítulos iniciales ese universo de escritores primerizos convencidos de sus cualidades, para los que escribir equivale a colocar un relato en Playboy, cerrar un anticipo editorial o acumular páginas para el manuscrito de la gran novela americana. Son tontos nobles, a ratos algo mezquinos, obnubilados por un reconocimiento que los ha aupado un par de escalones por encima de sus posibilidades. Hasta el sexo fácil, la cuenta corriente holgada y la columna de revista. Aunque poco a poco sientan que la mecha se acorta, las ideas se agotan y el estómago se endurece ante la falta de imaginación. Frente a esa jungla de escritores y aspirantes que juzgan sin piedad el trabajo de los demás mientras ocultan en el contenedor, ciegos de rabia, el mediocre resultado de sus esfuerzos. *Los viernes en Enrico's* no es tanto una novela sobre la escritura, sino más bien una reflexión sobre el lugar al que nos arroja aquella. La soledad, la infelicidad, la frustración, la melancolía. Carpenter acompaña los sentimientos de sus personajes con la evolución que, década a década, opera silenciosamente en cada uno de ellos. A medida que se desengañan, resisten, caen para volver a levantarse y aceptan que, en fin, a veces los anhelos no llegan a materializarse en realidades.

Estamos en la América crecida al calor de las utopías y sueños, la de personajes inolvidables como Stan Winger o Dick Dubonet. El uno delincuente desde su infancia, criado en entornos precarios y aspirante a escritor *pulp*, y el otro estrella efímera que prueba la hiel del éxito tras no ser capaz de narrar algo mejor que un relato para Playboy. Carpenter otorga una voz propia a cada personaje, una trayectoria y una presencia que se dejan notar a medida que la novela avanza en el tiempo. A medida que los vemos crecer, que compartimos sus volantes y esos anhelos que nunca saben si se materializarán. La ansiedad sexual de Stan, la fragilidad de Dick, la drogadicción de Kenny o la aflicción filosófica de Marty Greenberg, el entusiasmo de los productores

de Hollywood y la inseguridad de Charlie. Voces, todas ellas, de un paisaje (San Francisco, Portland o Los Angeles) que siempre parece único, en constante eferescencia, como si la escritura de su autor lo hubiese encontrado en el mejor momento. En el más inspirado, en el más eufórico. En el que todos sus protagonistas están llamados a ser alguien, a cumplir un sueño o a conquistar una cima. Ser escritores, tener una novela, narrar sus vidas.

En *Los viernes en Enrico's*, sus protagonistas siempre parecen esperar la llamada de alguien. El aliento, la luz verde, un nuevo cheque o un gesto de complicidad. Carpenter se esfuerza en orillar las cuitas en torno a la escritura para narrar esa zona de amargura que devora lentamente los años de promesas y euforia. Las separaciones, el adulterio, la drogadicción, la cárcel y la sensación de que cuando has vivido dando bandazos cuesta encontrar acomodo en un mismo lugar. Porque todo te recuerda a algún episodio del pasado, a todas esas palabras desparramadas sin ton ni son en novelas y guiones nunca publicados. Porque has envejecido, te has hecho mayor, y ese ímpetu con el que dirigías tus movimientos se ha tenido que acostumbrar a otro ritmo y otros objetivos. A madurar, a dejar de buscar con ansia a la ballena blanca. A conformarte. Como le sucede a Charlie tras percatarse de que ha pasado demasiado tiempo obligándose a ser escritor sin saber que le faltaba esa chispa, ese talento a la hora de combinar las palabras en una oración. Y está demasiado cansado para negociar con su frustración y con su orgullo, para admitir que le falta estirpe y le sobra tenacidad. Que de lo primero su esposa sabe más que él y de lo segundo solo están interesados en Hollywood, esa zona imaginaria en

la que los escritores escriben, repasan y vuelven a escribir guiones que nunca llegarán a rodarse. Tras cada capítulo, Carpenter subraya la misma impresión: todo aquello que en un comienzo se dejaba escribir con naturalidad, las borracheras, los polvos apasionados y el fulgor de aspirar a convertirse en escritor, la madurez lo ha ensombrecido hasta volverlo agri dulce. Algo a lo que se regresa con la mirada entelada, sin poder reprimir lágrimas de frustración y rabia. Como si se hubiese perdido a ese primer amor. *Los viernes en Enrico's*

podría ser una narración autobiográfica, pues la mayoría de sus escenarios y nombres pertenecen a la historia de Don Carpenter, a esa tribu de autores arracimados en unos pocos barrios culturales, peregrinos de una conquista literaria que diezaba a más aspirantes que el desembarco de Normandía. Sin embargo, uno tiene la impresión de que, como en *Dura la lluvia que cae*, su autor solo quiere contar la vida. La parte sencilla y la parte difícil. La que se deja escribir con suavidad, curiosa por todas las experiencias que le quedan por pasar, y la que se narra a trompicones, a golpes y decepciones, cuando la resaca de los éxitos pasajeros no ha dejado nada en lo que entretenerse. La vida a la que todas esas voces al fondo de un bar como el Enrico's conceden un tono de epopeya. De gesta. Esa vida dura y triste que las palabras de Don Carpenter capturan con la autenticidad del escritor que sobrevivió a la embestida del Arte para narrar el arrebató vital que sacudió al espíritu de su generación.



## El fin de los buenos tiempos



## Amistad

**Correspondencia, de Thomas Mann y Hermann Hesse (Stirner) Traducción de Juan José del Solar Bardelli, ampliada y revisada por Laura Sánchez Ríos | por Francisca Pageo**

Hermann Hesse y Thomas Mann fueron, quizá, dos de los hombres que mayor legado cultural nos ha dejado Europa, y el mundo. Ambos, con una profunda ansia de conocimiento y de compartir esto último, aunque fuesen un poco opuestos (un poco políticamente y otro poco intelectualmente), tenían un profundo parentesco; un profundo hermanamiento que los llevaría a estar continuamente comunicados.

En este epistolario nos encontramos con los favores que se hacían el uno al otro, con sus pensamientos, sus emociones, sus sentimientos y, cómo no y sobre todo, con sus opiniones literarias y políticas. A lo largo de 45 años, ambos se enviarían sus ensayos, sus libros e incluso alguna pieza de arte. Reseñaban los libros que leían, hablaban del ascenso nacionalsocialista en Alemania y de su caída, del exilio y de cómo la política influía en la publicación en Alemania de sus obras literarias. Quizá esto sea una de las cosas más importantes que podemos apreciar en estas cartas: el profundo amor por la humanidad y su paz, que ambos profesaban. Estamos ante cartas que son un continuo diálogo. En ellas, conectamos con las claves principales que unían a ambos autores. Leer este epistolario es leer sobre el amor profesado del ser humano a sus congéneres, es leer sobre la literatura, su por qué y para qué, es leer sobre la historia de dos hombres excepcionales en la Historia misma; y además en una bellísima edición... Estamos, sin duda, ante un libro clave para entender el siglo XX.



## Sueños felices

**Un detective en Babilonia, de Richard Brautigan (Blackie Books) Traducción de Kosián Masoliver | por Óscar Brox**

Neil Gaiman decía que leer a James Thurber hace feliz a cualquiera. A mí me sucede eso mismo cuando leo a Richard Brautigan (que soy feliz, un cualquiera lo soy siempre), y debo reconocer que todavía más después de leer esta novela. Lo que más me gusta de Brautigan es que cada página, que es como decir cada capítulo (así de breves son), es diferente a la anterior. Si fuera mago, su espectáculo tendría más de mil trucos. Por suerte, era escritor y se dedicaba a contar, con toda la normalidad del mundo, eso que nunca vemos. A los perdedores graciosos o los graciosos que están perdidos. Y quizá no pretendía nada más. Solo eso. La diversión de contar historias recostado en la silla de un bar, de golpear las teclas de la máquina de escribir imaginando a cocodrilos que bailan y la liga de béisbol profesional en la Babilonia de Nabucodonosor (Nab, para los amigos). *Un detective en Babilonia* empieza como tantas otras novelas de investigadores, con su protagonista a la espera de que le caiga un caso con el que poder pagar las deudas contraídas con unos y con otros. La diferencia es que C. Card siempre parece estar en Babia, con un pie puesto en las fantasías que empezó a tener tras golpearle una pelota en plena cabeza. Para Brautigan, aquella Babilonia no deja de ser el recuerdo nostálgico de un mundo convertido en un lugar gris y antipático. Allí todo es maravilloso. Tiene una secretaria perfecta, Nana-Dirat, la gente le reconoce, y hasta existe la posibilidad de crear un serial de aventuras protagonizado por un alter ego con un nombre tan llamativo como Smith Smith.

## La vida es triste, pero bella

**Carpas para la Wehrmacht, de Ota Pavel (Sajalín) Traducción de Kepa Uharte | por Juan Jiménez García**

Para aquellos que hayan leído a Bohumil Hrabal, Ota Pavel no será un desconocido. Los dos compartían una misma idea de la escritura. O de la vida, que, de cuando en cuando, es lo mismo. Entre la tristeza y la belleza, había un espacio para la felicidad. El padre era Ota Pavel era judío. Campeón del mundo de la venta de neveras y aspiradoras Electrolux y también un tipo raro. Tenía una marcada tendencia a enamorarse. No de las mujeres (que también de alguna) sino más bien de todo aquello que llamaba su atención, poco importaba si era un estanque con carpas, un puñado de cerdos que alimentar o unos conejos de campeonato. También se podía enamorar de cosas más grandes, como el comunismo, pero, al final, tanto las cosas grandes como las pequeñas acaban saliendo un poco mal. Podemos pensar, precisamente, que los relatos de *Carpas para la Wehrmacht* son una reunión de todo lo que a su padre le salió mal y de cómo se sobrepuso triunfalmente (el triunfo de los perdedores) para ir hasta su siguiente derrota. Y sin embargo, igual que Pavel escribió una novela antidepresiva en un estado de depresión, su padre vivió una vida plena y feliz entre todas esas batallas perdidas. Su hijo logró escribir un libro conmovedoramente divertido y esas fueron sus palabras de agradecimiento para un hombre que tal vez no fuera excepcional (una expresión demasiado monstruosa), pero sí único. Un hombre lleno de una confianza en la vida, de una voracidad para con ella, que debería hacernos pensar, más allá de su lectura, en nuestras propias vidas y preocupaciones. Probar a ver el mundo, a vivir, como en esa fiesta. Buscar nuestro propio estanque en el que poder criar, como carpas, esos sueños, hasta que sean lo suficientemente grandes como para poderlos recoger y hacerlos conserva, para consumirlos en otros momentos, o devorarlos al instante. No es fácil, cierto, pero nadie dijo, ni tan siquiera Ota o el señor Leo Popper, que vivir lo fuera.

## Mal dadas

**Dog Soldiers, de Robert Stone (Malas tierras) Traducción de Mariano Antolín Rato e Inga Pellisa | por Óscar Brox**

En algún punto del tiempo, Vietnam se convirtió en un escenario; como esos decorados polvorientos de un teatro en ruinas. Aglutinó el fin de unas cuantas revoluciones juveniles, el trip lisérgico con el que algunos trataron de combatir la profunda sensación de terror y soledad en medio de la jungla y hasta tuvo algo de realpolitik; de sitio ideal para el pillaje y los bajos instintos de unos Estados Unidos al borde del colapso moral. A los que el cuento de la inocencia se les empezaba a escurrir entre los dedos. En esa tesitura, *Dog Soldiers*, de Robert Stone, fue la clase de novela que dio uno de los últimos martillazos a aquel sueño americano. Y eso que Vietnam tan solo es un punto de partida, un lugar putrefacto al que John Converse, a falta de algo mejor, se ha acostumbrado. Más que un buscavidas, es simplemente un perdedor. No es que se le haya escapado la suerte, sino que, durante su travesía por la guerra, la ha hipotecado con todas sus malas decisiones. Así hasta cruzar al otro lado, así hasta convertirse en algo parecido a un traficante. Stone cambia rápidamente de escenario y de personaje, de Vietnam y Converse a Hicks y América. Al marine o al oportunista, fracasado hasta la médula, que tiene en la heroína importada desde el infierno la última posibilidad de escape. Por mucho que escritor, y casi casi hasta el mismo personaje, intuyan que no hay nada que hacer; tan solo dejarse llevar. Como Marge, la esposa de Converse, arrasada por las pastillas, derrotada por la adicción, que se une tanto a Hicks como a la heroína sabiendo, quizá, que no hay lugar adonde ir. Y, sin embargo, Stone conduce a sus protagonistas de manera impetuosa, quemando cada página y atropellándolos mientras aquellos intentan tomar una decisión. Hay algo que termina. Sus criaturas se pierden como beatniks o renegados, entre negocios frustrados y picos de heroína que le comen cada vez más espacio al resto de cosas. Así hasta devorar cada capítulo, cada acción, cada palabra. Hasta corromperlo todo.

## La vida está en ninguna parte

**Cuando es de noche, de Liudmila Petrushévskaja (Marbot) Traducción de Xènia Dyakonova y José Mateo | por Juan Jiménez García**

A la protagonista de *Cuando es de noche*, todo le va peor cuando difícilmente podía irle más mal. Y aún así ahí está, contando su vida como solo los protagonistas de los relatos de Petrushévskaja pueden contarla, con ese escepticismo y esa melancolía por ninguna cosa en particular. Tal vez por vivir. Si es que alguna vez supieron que es eso. Es una heroína de su tiempo. Tiene un adorado nieto y luego otros nietos a los que no adora en absoluto, todos fruto de relaciones temerarias de su hija, todos sin un padre conocido, solo intuido. Vive en un piso minúsculo y se alimenta de aire y de gorronear a las amistades siguiendo un escrupuloso plan. También tiene un hijo, pero este está en la cárcel. Es su adorado hijo, pero el cariño no es recíproco. Ella no se calla nunca, todo sea dicho. Tiene una opinión sobre todo lo que ocurre y sobre todo lo que le ocurre y es como si sintiera una necesidad de contar el mundo según ella misma. Y eso es esta narración, un venenoso canto que se enreda en todo lo que la atraviesa y atraviesa, que es mucho. En esos tiempos, uno se tenía que mover mucho para no hacer gran cosa y hasta pasar hambre requería un esfuerzo considerable.

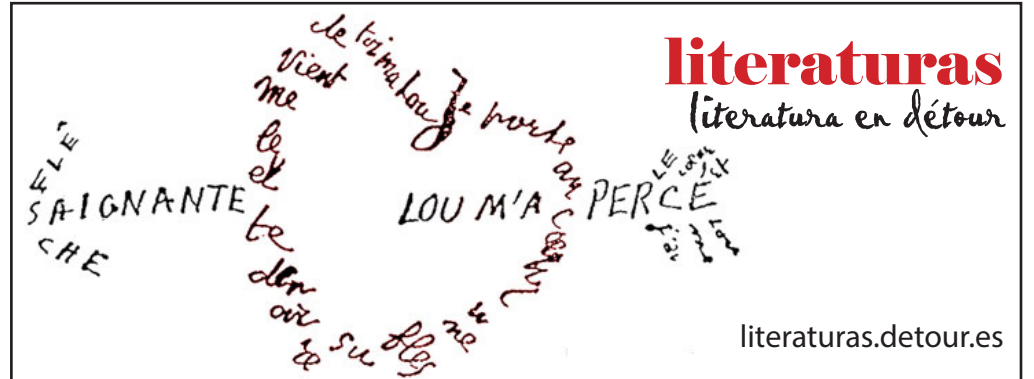
En la obra de Liudmila Petrushévskaja se encuentra ese humor desesperado de las pobres gentes, que no necesitaban acabar en ningún gulag porque el gulag iba con ellos. Gentes a las que nadie persiguió porque no valía la pena ni molestarse en ellos. Aquellos que podían decir cualquier cosa porque nadie les escuchaba, a nadie les importaban. Son el *Homo sovieticus* de Svetlana Aleksíevich novelado y, paradójicamente, más reales aún que ellos. Ya no nos hablan de memoria, sino que viven ese eterno presente que no acaba nunca, siempre a punto de ahogarse sin ahogarse nunca. Paseos por un mundo en ruinas (sus propias vidas), la supervivencia por la supervivencia en la intuición de que nada va a cambiar. *Los vivos se han alejado de mí*, dice la protagonista. Y eso es todo.

## Expresarse, pese a todo

**Diarios 1908-1943, de Käthe Kollwitz (Hermida Editores) Traducción de José Rafael Hernández Arias | por Francisca Pageo**

Käthe Kollwitz fue una de las artistas expresionistas alemanas más reputadas del siglo XX. Su vida y su obra irían de la mano, y se vería totalmente influenciada por el movimiento político y bélico que vivió Alemania, desde la Primera Guerra Mundial hasta la Segunda. Ella, declarada pacifista, antibélica, amante de la cultura y con un profundo sentimiento espiritual por la vida, por su entorno y por su familia, abanderaría uno de los movimientos artísticos más impactantes y de gran relevancia de las vanguardias.

Con sus diarios, nos metemos de lleno en su vida personal, su vida artística y su vida más familiar. Así, encontramos a una artista que utilizará el diarismo como una forma de afrontar la vida, de afrontar los acontecimientos que le sobrevendrán y que ni siquiera podrá prevenir. Acontecimientos en los que la enfermedad lo ocupará todo, en los que las muertes de sus más allegados le pondrán con la atención más plena y en los que las guerras y sucesos políticos figurarán como telón de fondo, afectando a su carrera artística y disminuyendo sus sentimientos más optimistas; pero no nos equivoquemos, pese a todo ello, Käthe Kollwitz logrará encontrar algo de paz en lo espiritual, en Dios, en su fe. Obcecada, pese a todo el sufrimiento que llevará consigo, en lograr apreciar los momentos más divinos, en estar en comunión con una total y absoluta paz. Y, como una artista total, estará totalmente volcada en la cultura de su tiempo y sabrá ver y apreciar la música, el teatro y la literatura. Estos diarios, que abarcan 35 años y en los que los



días se esparcen y se esparcen hasta no ser un relato continuado, son diarios a los que Kollwitz vuelve para sobrellevar sus dolencias, tanto físicas como mentales y morales. Vemos a una artista que sobre todo y ante todo fue persona, una persona dotada de una profunda honestidad y humildad, que no quería alcanzar la fama sino ser fiel a lo que quería expresar, que no buscaba el apremio sino que vieran en sus pinturas, grabados y esculturas reflejos de lo que el alma humana tiene y lleva consigo. Sus diarios son, asimismo, el puro reflejo de lo que su arte es.

Los textos íntegros los podéis leer en: [club.detour.es](http://club.detour.es)

[detour.es](http://detour.es) | [diarios.detour.es](http://diarios.detour.es)  
[correo@detour.es](mailto:correo@detour.es)  
[facebook/revistadetour](https://www.facebook.com/revistadetour)  
[instagram/revistadetour](https://www.instagram.com/revistadetour)  
[twitter/tdetour](https://twitter.com/tdetour)

## Próximo club

### Iluminación íntima



Sábado, 7 de marzo, 17:30

Llibreria Ramon Lull  
Corona, 5, Valencia